

JÁMBLICO, *Sobre los misterios egipcios*, intr., tr. y nts. Enrique Ángel Ramos Jurado, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 242), 1997, 236 págs.

Este volumen contiene introducción, bibliografía (pp. 33-37), traducción de los diez libros de que consta la obra *Sobre los misterios egipcios* y del esolio preliminar, índice de nombres (pp. 229-230), índice de materias (pp. 231-233) e índice general (pp. 235-236).

La introducción se divide en: 1. *La obra: el problema del título, autoría, cronología y su contexto histórico* (pp. 7-15); 2. *Jámblico de Calcis: vida y obras* (pp. 15-21); 3. *Ocasión y contenido de "Sobre los misterios egipcios"* (pp. 21-26); 4. *Género, estilo y método* (p. 26); 5. *Paralelos y fuentes* (pp. 26-29); 6. *Influencia de la obra* (pp. 29-30), y 7. *Transmisión del texto, ediciones y traducciones. Nuestra traducción* (pp. 31-32).

En torno a algunas cuestiones que aborda esta introducción me parece conveniente escribir algunas notas.

En estricto sentido, este libro debiera llamarse *Respuesta del maestro Abamón a la carta de Porfirio a Anebo y soluciones a las dificultades que ella plantea* (p. 7), traducción del título griego Ἀβάμωνος διδασκάλου πρὸς τὴν Πορφυρίου πρὸς Ἀνεβὼ ἐπιστολὴν ἀπόκρισις καὶ τῶν ἐν αὐτῇ ἀπορημάτων λύσεις. Resulta un tanto extraño que Ramos Jurado haya censurado tan acremente el "error" que él mismo comete:

El inadecuado título procede de 1497, cuando aparece en Venecia una paráfrasis de la obra con el título *De mysteriis Aegyptiorum, Chaldeorum, Assyriorum* a cargo de Marsilio Ficino, quien sigue una moda de egipto-manía de la época, creando una tradición que se evidencia ya en la primera traducción latina, la de Nicolas Scutellio en 1556 y en la *editio*

princeps de Thomas Gale en 1678, prosiguiendo este error en las ediciones de Parthey en 1857 y la de É. des Places en 1966,¹ sin mencionar las diversas traducciones de la obra que con el tiempo se han realizado, defecto importante, pues, aparte de no conservar el auténtico título, separa esta obra de la *Carta a Anebo* de Porfirio, que la traducción manuscrita mantenía unidas, en tanto que la que conocemos como *Sobre los misterios egipcios* es una respuesta epistolar a las cuestiones planteadas por Porfirio en su *Carta a Anebo* (pp. 7 y 8).

Con todo, es natural que por comodidad se prefiera la forma abreviada del título del famoso renacentista, *De mysteriis*, o como lo hace el mismo Ramos: *Sobre los misterios egipcios*; es difícil escapar a la tradición, y quizá en este caso ni siquiera es deseable. El título original, en efecto, tampoco es de sencilla interpretación, puesto que la obra de Porfirio se perdió, aunque se ha intentado reconstruirla mediante algunos testimonios indirectos, entre los que se encuentra la respuesta misma de Jámblico (p. 21).

El comienzo de la obra (pp. 42-44) puede, pienso, arrojar alguna luz sobre el título, pues allí Jámblico explica cómo se deben distinguir cuántos y cuáles son los géneros de los problemas que se exponen; a partir de cuál de las teologías divinas se captan las dificultades, y de acuerdo a cuál ciencia se trata de conseguir la exposición de las mismas. Todas las dificultades, asevera Jámblico, serán tratadas según su naturaleza: si Porfirio propone una cuestión filosófica, se interpretará de acuerdo con las antiguas estelas de Hermes, que Platón y Pitágoras usaron para crear su filosofía. De las cuestiones extrañas o contradictorias que se muestran pendencieramente mediante explicaciones afables y armoniosas, se demostrará su absurdidad. Cuanto proceda según las nociones comunes, se discutirá todo comprensible y claramente. Lo que requiera de la experiencia de las obras divinas, sólo es posible tratarlo mediante el discurso. De lo que esté lleno de contemplación intelectual se pueden dar indicios por los que se puede alcanzar, mediante el intelecto, la esencia de los seres. Nada se omitirá de lo

¹ Por lo menos Édouard des Places ya había señalado que el título auténtico no era el dado por Ficino: "Le *De mysteriis Aegyptiorum* porte dans un manuscrit secondaire ce sous-titre, après le titre véritable: "Réponse d'Abammon à la lettre de Porphyre à Anébon et solution des difficultés qui s'y trouvent" (cfr. É. des Places, *Jamblique. Les mystères d'Égypte*, Paris, "Les Belles Lettres", 1966, p. 6).

que es cognoscible mediante razonamientos. A lo teológico se responderá teológicamente; a lo teúrgico, teúrgicamente; a lo filosófico, filosóficamente; lo de las causas primeras, se analizará siguiendo los primeros principios; cuanto se refiere a la moral y a los fines supremos, se discutirá éticamente.

Para tener una mejor idea del contenido, el tercer apartado de la introducción ofrece el catálogo general de los temas tratados en esta obra (p. 22), realizado por Thomas Gale, quien tuvo a su cargo la *editio princeps* en 1678. Los temas de los diez libros son: I. Los dioses y lo divino, en general; II. Los demonios y los héroes, y sus manifestaciones; III. La mántica; IV. La influencia de los dioses, etcétera; V. Sacrificio y plegaria; VI. Prescripciones religiosas y actos rituales; VII. La teología egipcia simbólica; VIII. La causa primera, la astrología y la voluntad libre, según la teología egipcia; IX. El demon protector del hombre, y X. La felicidad. A este catálogo, Ramos Jurado añade el de los capítulos de cada libro, que puede servir como guía de lectura (pp. 22-25). Habría valido la pena que dentro del texto de la traducción se hubieran incluido estos temas a modo de títulos y subtítulos.

Ésta es, de acuerdo con Ramos Jurado (p. 32), la primera traducción completa al español de la respuesta de Jámblico a las cuestiones planteadas por Porfirio, hecho que sin duda debe celebrarse, porque, aunque se trata de una obra compleja que representa lo más genuino que conocemos del pensamiento de este filósofo. Se trata de una obra difícil, ciertamente, pero de lectura necesaria para quien desea conocer y valorar adecuadamente el neoplatonismo y la antigüedad tardía.

En torno a la atribución de esta carta a Jámblico, quien se habría dado a sí mismo como seudónimo el nombre de un sacerdote egipcio (pp. 8-10), Ramos Jurado da cuenta de la controversia entre varios estudiosos al respecto, pero no declara abiertamente su postura.

Al conjeturar la fecha de composición, se hace una afirmación respecto del contexto histórico, que no deja de ser debatible:

La línea tradicional (Th. Hopfner, É. des Places, Hadot, Saffrey, Larsen, Romano) es situarla *post* 280, y en ello estamos de acuerdo, pero quizás no sean descartables los primeros años del siglo IV d. C. Es importante la cuestión, pues en pocos años cambia palpablemente la situación del Imperio para los posteriormente denominados "paganos". Creemos que el agravamiento de la situación de los sostenedores del

kósmos tradicional tiene que ver con el tono y la composición de la obra de Jámblico (pp. 11-12).

Justificando su última aseveración, Ramos Jurado se refiere entonces al fenómeno de la cristianización del imperio: las persecuciones; los teóricos anticristianos, entre los que está Porfirio; el fracaso de las medidas anticristianas; el pragmatismo de la Iglesia, cuyo nivel intelectual seguía “siendo mediocre, destacando figuras como Tertuliano, Minucio Felix, Cipriano u Orígenes” (p. 12); el surgimiento del movimiento monástico, en tanto “repulsa de la Iglesia como institución, así como del mundo y de los paganos” (p. 13). Más adelante insiste en la contraposición entre Jámblico y el cristianismo:

Nace [Jámblico] con un imperio en el que el poder político, con la ayuda de los intelectuales, entre ellos los neoplatónicos, mantiene el *kósmos* establecido, heredado, sancionado por los dioses, y viene a morir bajo un reinado que significa el ascenso imparable de un nuevo orden ideológico que pretende arrinconar y extirpar al antiguo. Jámblico no pudo mantenerse al margen de este conflicto y aunque su anticristianismo es menos “brillante”, por los testimonios conservados, que el de su maestro Porfirio, no fue menos firme. Su triunfo, podríamos decir, será póstumo, cuando un admirador, Juliano, rodeado de filósofos neoplatónicos, se haga con el poder, y trate de restaurar el antiguo orden (p. 17).

Sin embargo, cabe aquí señalar que el mismo Ramos Jurado, a pesar de éstas y otras afirmaciones con respecto a la relación entre Jámblico y el cristianismo, reconoce más adelante: “en cuanto a la tradición cristiana y judía, pensamos que los puntos de contacto que se han establecido son de tipo general, de ambiente de la época, sin que se deba ir más allá” (p. 28).

En seguida, califica al neoplatonismo, la filosofía de la antigüedad tardía, como ecléctica, de orientación religiosa, deseosa de regresar a las fuentes, buscadora constante de autoridades sagradas que la respalden y de la concordancia entre todas ellas, “con la intención de ofrecer una sola voz, la de la cultura pagana, frente a la exclusivista y revelada cristiana” (pp. 13-14). Según Ramos Jurado, se pensaba en una cultura sincrética que amalgamara la tradición en su doble vertiente platónica y mítica, y donde predomina el problema religioso (p. 14).

Creo que la brevedad ha obligado al traductor a demasiadas generalizaciones en su introducción, las cuales, sin dejar de ser ciertas, me

parece que, por una parte, no dan cuenta de la novedad y de la importancia del neoplatonismo, y, por otra, pueden desorientar la recepción de la obra; pues el lector actual del tratado puede tener falsos presupuestos, de acuerdo con los prejuicios que puedan existir en él de términos como “sincretismo”, “religioso”, “eclecticismo”, “pagano”, “cristiano”, etcétera, términos que debieran ser aclarados en alguna forma. Tal vez en la mente de Ramos Jurado no haya lugar para estos lectores, pero no creo que sean pocos.

En seguida se caracterizan las diferentes escuelas del neoplatonismo; éste, “que durante siglos constituyó la filosofía del paganismo declinante, aun con una base común, se orientó de forma diversa según las escuelas: Roma, Atenas, Alejandría, Pérgamo y Siria” (pp. 14-15). Jámblico es “fundador de la escuela siríaca (de la que es pieza clave la presente obra), esencialmente teosófica y teúrgica” (p. 15). Poco después se afirma:

Jámblico fue seguido también en más de un aspecto por la escuela de Atenas, *pero* [subrayado mío] ésta asignó un papel más importante a la especulación metafísica y comentó de forma intensa a Platón y Aristóteles, aparte de la poesía sagrada. Su máximo representante será Proclo, precedido por Siriano... (p. 15).

Sin embargo, más abajo, Ramos Jurado señala:

es sin duda en Proclo en quien, entre los neoplatónicos, más impronta dejó Jámblico, siendo introducido en él por su maestro Siriano, en cuyo *Comentario a la Metafísica* se ha estudiado el peso del filósofo de Calcis (p. 30).

Aquél *pero* no tiene explicación posible, si los principales representantes de la escuela de Atenas reflejan una mayor influencia de Jámblico sobre ellos y precisamente en la metafísica.

En cuanto a la vida y obras de Jámblico, que se tratan en el segundo apartado, necesariamente casi todos los datos descansan en conjeturas. Por desgracia, Jámblico compartió con su tiempo el ser calificado como decadente y lleno de supersticiones; sin embargo, su revaloración como filósofo y exégeta apenas ha comenzado (pp. 20-21).

En el apartado cuarto se sostiene que el género de esta obra es el de “los *zetemata*, de las aporías y de las soluciones” (p. 26). Creo que una

idea de lo anterior puede verse en la breve paráfrasis del inicio de la obra que incluimos arriba, al hablar del título. En cuanto al estilo, se afirma que

es en ocasiones oscuro, con periodos sintácticos incompletos, repeticiones y braquiloquías; abundan los sinónimos y los términos especializados cargados de sentido. Aunque la comprensión del texto pueda parecer a veces difícil, hay que tener en cuenta que Jámblico de Calcis es más filósofo que escritor (p. 26).

En contraposición de este juicio, habría que tratar de entender lo que ya estaba asentado en el escolio preliminar, en parte dándole la razón al traductor, pero destacando, para bien, otras cualidades del escrito:

es preciso saber que el filósofo Proclo, en su comentario a las *Enéadas* del gran Plotino, dice que el que responde por escrito a la carta previa de Porfirio es el divino Jámblico y que por adecuación y conveniencia con el tema asume la personalidad de un egipcio, Abamón. Es más, el estilo de frases cortas, sentencioso, ceñido al tema, la precisión, la inspiración de los pensamientos atestiguan el buen juicio e información de Proclo (p. 39).

Según Ramos Jurado:

el método utilizado para este tratado de contenido religioso es el filosófico de distinción de géneros, de *diáresis* y *synagoge*, de la posibilidad de abordar las cuestiones desde diferentes puntos de vista, de la distinción entre lo general y lo particular, de la explicación etiológica, de la comprensión a través de la *arché*, de la argumentación hipotética, de la interpretación, de los problemas y soluciones (p. 26).

En el quinto apartado de los paralelos y las fuentes se insiste en la influencia oriental en el tratado, y se afirma:

Nuestra obra es una buena muestra de la entrada de estos elementos situados más allá de la razón en la filosofía griega tardía. Es una combinación de platonismo, teología caldea y egipcia fundamentalmente (p. 29).

Resulta curioso que Ramos Jurado haga sin mayores precisiones esta afirmación, cuando, habiéndose puesto del lado de quienes ven a Jámblico

como pensador serio, sin connotaciones negativas, como simple ejemplo de una época y unas tendencias, que serán las que triunfen hasta el cierre de la Academia en Atenas (p. 21),

se separa de quienes lo

consideran como un teúrgo, fanático y crédulo, sin originalidad alguna... como el modelo de las creencias religiosas que invaden y corrompen la filosofía griega pagana y “responsable”, por tanto, de la incidencia de elementos irracionales en la filosofía neoplatónica de la antigüedad tardía (pp. 20-21).

A mí no me queda clara la postura de Ramos Jurado frente a lo oriental y lo religioso o lo irracional, y pienso que, al respecto, el lector puede desviarse de una justa valoración al enfrentar el texto jambliqueano.

Obviamente la introducción aporta datos valiosísimos, y además están la bibliografía, las notas, los índices y, sobre todo, el texto mismo. Jámblico, sin duda, tiene ahora mucho que decirnos “sobre los misterios egipcios” y otros, pero sólo gracias a que Ramos Jurado, lo hace hablar en español.

José MOLINA

